



Balsa, Javier

Las dos lógicas del populismo, su disruptividad y la estrategia socialista



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:

Balsa, J. (2010). *Las dos lógicas del populismo, su disruptividad y la estrategia socialista*. *Revista de ciencias sociales*, 2(17), 7-27. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes <http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/1375>

Puede encontrar éste y otros documentos en: <https://ridaa.unq.edu.ar>

Javier Balsa

Las dos lógicas del populismo, su disruptividad y la estrategia socialista

En América Latina los gobiernos posneoliberales se encuentran en coyunturas particularmente difíciles, más complicadas para los que tuvieron políticas menos decididas. La derecha se ha reorganizado y viene logrando cada vez mejores resultados electorales. En este contexto se hace evidente la carencia histórica de una estrategia política tanto de las fuerzas de centro-izquierda como de izquierda. Como señala Sader, ambas han teorizado muy poco sobre su propio accionar político y hoy se encuentran en la encerrona de dicotomizar las opciones entre la reforma y la revolución, cuando “ningún proyecto reformista superó el proceso de reformas para transformarse en proyecto revolucionario”, pero tampoco “ninguna propuesta doctrinaria –directamente socialista– triunfó jamás” (Sader, 2009, p. 123). En su argumentación, este sociólogo brasileño pareciera bordear la cuestión del populismo como un elemento para sortear esta dicotomía pero nunca lo incluye, tal vez influido por la imagen completamente negativa que posee este término en su país.

Sin embargo, como nos proponemos demostrar en este artículo, el populismo entendido como una combinación de operaciones lógicas de la política, podría articularse dentro de una estrategia socialista que supere la dicotomía entre reforma y revolución.¹ Además, a través del significante “pueblo”, permitiría disputar la hegemonía del conjunto de las clases subalternas de un modo mucho más efectivo que una lógica exclusivamente clasista. Retomando al Laclau de fines de la década de 1970, podríamos decir

¹ Resulta obvio que esta articulación requiere no solo repensar el populismo, sino también el socialismo. No tenemos espacio para delimitar aquí qué entendemos por una estrategia socialista, simplemente diremos que su núcleo se basaría en el objetivo del autogobierno pleno, es decir, en la posibilidad de que la sociedad decida democráticamente y sin dogmatismos, sobre todas las cuestiones que hacen a su dinámica, incluyendo la organización de las formas de producción, distribución y circulación. Solo este primer, pero estratégico, paso contra el neoliberalismo, implica una crítica a la lógica del mercado como bloqueadora de la intervención política (Jameson, 2003).

que “no hay socialismo sin populismo”, pero que “las formas más altas de populismo solo pueden ser socialistas” (Laclau, 1978, pp. 227-228 y 231).²

Para analizar estas cuestiones partiremos de las últimas elaboraciones de Ernesto Laclau, en particular de *La razón populista* (2005; en adelante LRP).³ Sintéticamente, podemos decir que en LRP se propone una ruptura con respecto a las anteriores visiones sobre el populismo. Este quiebre está presente ya desde el título de la obra: hay una “razón” populista, lo que implica un doble movimiento, por el cual el populismo puede ser abordado por la ciencia social (ahora es racionalizable, justamente porque en su núcleo es una operación lógica), al tiempo que la propia acción de las masas de adherir entusiastamente a los movimientos populistas se vuelve razonable y hasta racional.

Buscar una racionalidad específica al populismo significa no pensarlo, como casi siempre se había hecho, como un epifenómeno y/o como una desviación. En este sentido, Laclau realiza una serie de operaciones de inversión de los elementos que caracterizaban el populismo en la bibliografía preexistente (como su “vaguedad” o la supuesta manipulación retórica de las masas). En vez de rechazarlos, los retoma e integra, pero ahora con un sentido positivo/constructivo, desvinculándolos de la idea de que son fenómenos políticos “aberrantes” relacionados con la “psicología de las multitudes”.

Pero, no buscamos aquí reconstruir la argumentación de Laclau, sino que sistematizaremos las lógicas implícitas en su conceptualización del populismo, al tiempo que intentaremos resolver algunas antinomias que se presentan en LRP y una serie de “olvidos” o tensiones que Laclau ha preferido evitar. Es que, en su exitoso intento de cambiar la valencia negativa que las ciencias sociales le habían otorgado al populismo, el halo semántico de este término se le ha vuelto demasiado amplio. El primero de estos solapamientos es el que se establece entre los conceptos de “populismo” y de “lo político”. En este sentido, Laclau llega a afirmar que “la operación política por excelencia va a ser siempre la construcción de un ‘pueblo’”, y luego afirma que “lo político se ha convertido en sinónimo de populismo” (Laclau, 2005, pp. 192 y 195). En segundo lugar, plantea que el populismo sería la operación básica de toda construcción de hegemonía, con lo cual toda hegemonía sería una hegemonía populista. Y, en tercer lugar, presenta un solapamiento entre populismo y democracia.

El propio Laclau se declara consciente de este exceso de significado, de modo que no siempre queda claro hasta qué punto es un recurso retórico provocador, una toma de posición teórico-epis-

² De Ipola y Portantiero (1986) han realizado una aguda crítica a la asociabilidad del populismo y el socialismo propuesta por Laclau, sin embargo caen en la asimetría de considerar los populismos existentes y tener solo en cuenta al socialismo como proyecto, ignorando los graves problemas de las experiencias socialistas reales (Aboy Carlés, 2004, p. 102).

³ Puede conceptualizarse a LRP como el cierre de una larga parábola de reflexión sobre la política que inició Laclau (1978) con un esfuerzo por comprender el populismo incorporándolo a una reformulación de la teoría política marxista y que luego devino en el desarrollo de su destacada elaboración posmarxista. Una descripción de esta trayectoria se encuentra en Balsa (2007).

temológica que busca intencionadamente los solapamientos y las ambigüedades, o bien simplemente el efecto de un trabajo de tipo exploratorio sobre cuestiones difíciles de aprehender conceptualmente. Señalemos simplemente que es posible que exista en Laclau cierta combinación de estas tres opciones.

Además de estos solapamientos, las operaciones de inversión de los conceptos tradicionales que realiza Laclau no resuelven algunas de las críticas que se le habían señalado al populismo. En este sentido, efectúa tres “olvidos” sorprendentes: lo mítico ha desaparecido en LRP (a pesar de que en sus obras previas tenía un papel clave en la construcción de las identidades sociales); no aborda la tensión entre liderazgo populista y participación popular, y no analiza la relación entre los modelos de acumulación de capital y los regímenes populistas (cuando la descripción clásica los había vinculado a la suerte de la industrialización por sustitución de importaciones). Consideramos que es necesario resolver las inconsistencias que llevan aparejados estos solapamientos y “olvidos”, pues solo de este modo se alcanza la coherencia necesaria para articular la lógica populista en el marco de una estrategia socialista.

Las dos lógicas del populismo

Siguiendo la reflexión de Laclau, consideramos al populismo no como un régimen sino como una lógica política.⁴ Más específicamente, como la combinación de dos operaciones lógicas que podrían ser llevadas a cabo por distintos tipos de regímenes políticos, aun cuando su despliegue consecuente y simultáneo permite catalogarlos como “populistas”. En Laclau no hay una neta diferenciación de estas dos lógicas cuando corresponde distinguirlas para obtener mayor claridad en la comprensión del populismo (si bien habitualmente se dan en forma combinada).

Por un lado, existe una operación de inclusión radical que implica un corrimiento de la frontera de lo socialmente legitimado, una drástica ampliación y profundización de la ciudadanía. Como veremos a continuación, el calificativo de “radical” no solo se debe al carácter cuantitativo de la inclusión de amplios sectores hasta entonces marginados, sino que además las características cualitativas de esta inclusión serían radicales.

Por otro lado, la operación populista despliega una particular lógica para construir una hegemonía de nuevo tipo. Ella funciona proponiendo la resignificación del concepto de “soberanía popular” como eje del principio democrático: sostiene que la *plebs* (el pueblo en el sentido de los sectores populares) es el único *populus*

⁴ Retomando a Laclau, la “lógica” sería el tipo de relaciones entre entidades que hace posible que el sistema de reglas (que constituye la gramática) funcione realmente (Laclau, 2000, p. 284).

legítimo (el pueblo en el sentido del conjunto de la ciudadanía, o al menos en el sentido de la voluntad de la mayoría y, por ende, el que posee la legitimidad política para dirigir la nación).

La inclusión radical

La primera operación populista es la de desarrollar procesos de inclusión de sectores sociales hasta entonces fuera de la dinámica socio-política, excluidos como un “otro externo”. Esta operación de inclusión es diferente a la inclusión de tipo liberal. En esta última los sujetos son incorporados como ciudadanos individuales con derechos meramente políticos y, como veremos más adelante, desplegándose una lógica de la diferencia atendiendo, en todo caso, a sus demandas de forma atomizada. En cambio, en el proceso de inclusión populista los hasta entonces excluidos son reconocidos como sujetos colectivos con tradiciones, formas propias de identificación y de ver el mundo (que, por lo tanto, son legitimadas), y no como individuos que tienen que ser (re)educados, socializados en una ciudadanía liberal para poder recién luego ser aceptados como ciudadanos legítimos y plenos. La diferencia entre la prédica socialista-liberal y la populista-peronista en la Argentina de la década de 1940 es un claro ejemplo de la distancia en las propuestas de integración de las mujeres y de diversos sectores populares hasta el momento excluidos de una ciudadanía efectiva. En este sentido, la inclusión populista es una inclusión mucho más respetuosa de la multiculturalidad que la que parte de las tradiciones liberales. Además, al menos en teoría, los suma organizados en sus propios colectivos socio-políticos (sindicatos, comunidades, movimientos sociales, etc.). Como señala Portantiero (1987, p. 166), “la presencia política de las clases populares estuvo mediada por instancias organizativas ‘de clase’ y no por una pura vinculación emotiva con un liderazgo personal”. Aunque esto no excluye la existencia de graves tensiones entre los líderes populistas y las organizaciones populares.

Al mismo tiempo, en esta inclusión radical, el populismo no realiza un mero otorgamiento de beneficios, generando una relación de tipo clientelar (si bien habitualmente este fenómeno también se encuentra presente en los gobiernos populistas), sino que instala una discursividad que legitima esos beneficios otorgados como derechos inalienables de los ciudadanos en tanto miembros de la nación. Más allá de las permanentes invocaciones a la moderación política que realiza la mayoría de los líderes populistas, la dignificación de los sectores populares y su reapropiación del

discurso populista crean en ellos un sentimiento de activación política y social que modifica el conjunto del orden social (esto implica no solo su relación con el Estado, sino también con la clase dominante y con las capas medias). Por eso, la inclusión populista significa una redefinición del campo de lo social que opera desde arriba y desde abajo, de modo que resulta fuertemente disruptiva y altera las bases de la construcción de la hegemonía.⁵

Tal vez el ejemplo más claro de inclusión radical populista sea el caso argentino, cuando en unos pocos años (entre 1943 y 1949) se sancionaron una serie de decretos y leyes y se crearon dispositivos institucionales con un despliegue territorial del aparato estatal y de las organizaciones populistas que garantizaron el efectivo cumplimiento de la legislación socioeconómica a nivel local. De este modo, los “nuevos” ciudadanos se convirtieron en detentores de una serie de efectivos derechos políticos y sociales que los sujetos localmente más poderosos tuvieron que respetar.

En particular, un ejemplo notable que grafica lo cualitativamente radical de la inclusión populista es el caso de la instauración de la ciudadanía femenina en Argentina. Cuando en 1946 y 1947 los legisladores (varones) debatieron el otorgamiento de dicha ciudadanía, esta fue centralmente conceptualizada como un mero acceso al voto. Incluso, algunos senadores plantearon que las mujeres todavía no deberían poder ser candidatas. De hecho, cuatro años más tarde, cuando se realizaron las primeras elecciones en las que las mujeres pudieron votar, el principal partido opositor (la Unión Cívica Radical) no llevó en sus listas candidatas femeninas ni siquiera en lugares secundarios. En cambio, el peronismo llegó a debatir y aprobar en una multitudinaria concentración la candidatura de una mujer (Evita) para la vicepresidencia. Merece destacarse, más allá de que posteriormente no se concretase la candidatura, el salto cualitativo que implicó que cientos de miles de hombres exigiesen que una mujer fuera su vicepresidenta.⁶

Esta inclusión radical produce una drástica modificación en la ubicación de la frontera de lo social. Si en el orden liberal el “otro” es el marginal (los indios, los negros, la peonada, los “cabecitas negras”, las mujeres o, más recientemente, los desocupados), en la lógica populista casi todos los habitantes adultos forman parte de la “ciudadanía” y de la “nación”, quedando parcialmente fuera solo “la antipatria”, es decir aquellos que por un “odio” clasista se oponen a la inclusión radical. Este es un punto de tensión problemático para el populismo: quiénes deberían quedar fuera de la arena democrática. Por momentos, pareciera que quedaría fuera toda la oposición (en tanto el movimiento populista se propone como idéntico a la nación); sin embargo, si nos ceñimos a la lógica

⁵ Es este componente disruptivo el que falta en las políticas de las presidencias de Lula (más allá del Programa “Bolsa Familia”). Entonces, al no desarrollar una inclusión “reparadora” de siglos de injusticia hacia los sectores populares, se mantiene inalterado el fuertemente jerárquico orden social brasileño.

⁶ Sobre el desarrollo de la ciudadanía política femenina durante el primer peronismo, véase Valobra (2008 y 2009).

populista estricta, solo deberían quedar fuera los antipopulistas antidemocráticos, es decir, aquellos que niegan la inclusión radical (aunque en los regímenes populistas estos sectores han podido participar de la vida política, al menos en términos electorales). En este punto vale la pena recordar, con Mouffe, que el pluralismo no es ilimitado: “ningún Estado u orden político, incluso uno liberal, puede existir sin ciertas formas de exclusión” (Mouffe, 1999, p. 197).⁷

Esta ampliación populista del orden social es efectuada, esencialmente, desde el discurso político; por lo tanto, en general implica un uso bastante reducido de la violencia política. Dos factores inciden en este bajo nivel de coerción.⁸ En primer lugar, es una operación política incluyente y, en general, son las redefiniciones excluyentes las que requieren del empleo de altas dosis de represión para constituirse, al desplegar una lógica de “inclusiones excluyentes”, en tanto que no se permite a ninguna comunidad o grupo quedar fuera del orden capitalista (Fontes, 2005).

En segundo lugar, buena parte de la base ideológica que sustenta estos procesos de inclusión populista se ha construido en momentos anteriores a la irrupción de estas fuerzas. Entonces, de algún modo, forman parte del sentido común acerca de los cambios que son necesarios realizar para (re)integrar el cuerpo de la nación. Por eso, en un comienzo, esta inclusión tiene cierta aceptación generalizada, al menos en el discurso público. Sin embargo, cuando se desarrolla y se despliega en esta forma radical (que, vale recordarlo, simplemente significa reconocer y efectivizar la igualdad política y social de todos los ciudadanos) surgen fuertes sentimientos de rechazo desde dos sectores sociales. Por un lado, desde aquellos que sacaban plena ventaja de la situación de sometimiento de los excluidos y, por otro lado, también de los sectores medios que antes constituían la base de la ciudadanía y que gozaban de cierto privilegio político y también de micropoder social sobre los otros hasta entonces no legitimados. Quizás por ello el populismo tiene graves dificultades para sumar políticamente a estos sectores medios, incluso cuando los beneficia económicamente.⁹

Las capas altas y medias construyen discursivamente una interpretación de estos procesos de inclusión como en esencia “violentos”, a pesar de que, a todas luces, los niveles de violencia política son mucho menores que los de cualquier otro orden social previo y posterior. Es que así lo viven ellas pues la inclusión radical es muy disruptiva, difícil de asimilar, ya que implica una redefinición del orden social y sus jerarquías internas.

Es este componente inclusivo radical el que Laclau destaca para llegar a plantear que sin populismo no habría democracia (en una drástica torsión de la idea tradicional del populismo

⁷ Sin embargo, queda aquí planteado el problema (irresuelto en Mouffe) de cuál debería ser la estrategia política de las fuerzas que propugnan una democracia agonista cuando sus adversarios no aceptan la propuesta de institucionalizar el conflicto y se comportan con la lógica del enemigo, siendo capaces de acabar con la arena democrática.

⁸ Sobre la relación entre coerción y consenso y su mejor comprensión a través de la metáfora del lenguaje puede consultarse Balsa (2008).

⁹ En el caso argentino, esta dificultad no solo la tuvo el peronismo clásico, sino también actualmente la padece el kirchnerismo.

como opuesto a la democracia). Para ello enfatiza el componente inclusivo/igualador de la democracia, que es un elemento históricamente central de la misma según la tradición clásica. Sin embargo, en la actualidad es difícil recuperar solo el sentido igualitario de la democracia.¹⁰ Como plantea Mouffe, la “democracia moderna” emana de la articulación de dos tradiciones diferentes: la democrática y la liberal, lo que conduce a una tensión ineludible entre sus dos lógicas irreconciliables (de allí la “paradoja democrática”). En este sentido, el componente democrático-popular no garantiza que no se “terminen vulnerando algunos derechos ya existentes” (Mouffe, 2003, pp. 21-22) y en un punto el populismo se podría constituir en el reverso de la democracia (Arditi, 2004a).¹¹ Pero Laclau no aborda ninguna de estas cuestiones pues el liberalismo político no es retomado en LRP, a pesar de que en anteriores trabajos formulaba una valoración positiva del mismo (Laclau, 1993, p. 144). Volveremos sobre estas cuestiones cuando analicemos la relación entre el líder populista y el autogobierno del pueblo.

Más allá de estas cuestiones, el populismo amplía el orden social e instaura una arena democrática radical que modifica las bases de la política. Laclau conceptualiza este proceso como la construcción de una hegemonía, claramente situada en el plano de lo ontológico, del orden social. Sin embargo, consideramos que esta ampliación del campo de lo social no es fructífero definirla como construcción de hegemonía política sino solo de su base.¹² La hegemonía se construiría *sobre* esta arena democrática. Así, una dominación hegemónica plena requeriría de una inclusión previa de todos los potenciales ciudadanos. Pero esta inclusión es un prerrequisito que no garantiza (y que es diferente de) la construcción de la hegemonía. En relación con esta cuestión, vale recordar que no toda dominación política es una dominación hegemónica y que no toda hegemonía es populista (véase Balsa, 2006a).

La lógica populista hegemónica

Para Laclau, en determinadas condiciones históricas, la acumulación de demandas insatisfechas y la incapacidad del sistema institucional para absorberlas de un modo diferencial (cada una de manera separada de las otras), establece entre ellas una relación equivalencial (“lógica de la equivalencia” en contraste con la “lógica de la diferencia”).¹³ Luego, estas demandas comienzan a articularse en un sistema estable de significación y a constituir un “pueblo”, dicotimizándose el espectro social con una frontera.

¹⁰ De hecho, durante el último siglo el liberalismo político logró disociar democracia e igualdad, para fundar conceptual y prácticamente una democracia que es intrínsecamente desigual en el plano económico y social, como lo analiza Losurdo (2004). Por otro lado, indudablemente, tal como afirma Laclau, el socialismo revolucionario hizo sus aportes permitiendo incluso la apropiación de la democracia por el liberalismo.

¹¹ Sin embargo, la relación es más compleja pues la política liberal democrática ha incorporado rasgos de la representación populista” (Arditi, 2004b, p. 66).

¹² En relación a los planos ontológicos y ónticos de la hegemonía, Howarth (2008) ha criticado a Laclau el haberse centrado demasiado en el nivel ontológico y dejar indeterminado el plano óntico. Ante lo cual Laclau (2008) simplemente ha respondido que sí, que esa era su preocupación. Para una distinción analítica entre estos dos niveles, y un tercero referido a las identidades sociales, véase Retamoso (2009). Sin embargo, ninguno de estos dos autores ha impugnado el empleo del concepto de hegemonía que realiza Laclau para considerar el nivel ontológico de lo social.

¹³ En LRP Laclau avanza en la explicitación de la articulación de ambas lógicas. Los obstáculos de la lógica de la diferencia fuerzan a sus mismos proponentes a identificar enemigos y a reintroducir un discurso de la división social basado en lógicas equivalenciales. Por otro lado, las equivalencias pueden debilitar pero no domesticar las diferencias.

En los discursos institucionalistas, a partir del principio universal de la “diferencialidad”, cada demanda es desactivada e institucionalizada por la “buena administración” (al tiempo que se propone la ilusión de hacer coincidir los límites de la formación discursiva con los de la comunidad).¹⁴ He aquí la clave de la tendencia hacia la despolitización, hacia una *piecemeal engineering*, como se refiere implícitamente Laclau a la propuesta popperiana para la intervención (a)política.

En cambio, en el populismo encontramos una frontera que divide la sociedad en dos campos y a partir de ella se despliega la lógica populista para la construcción de una hegemonía peculiar: una *plebs* (“los menos privilegiados” para Laclau, pero que tal vez sería mejor denominar “las mayorías populares”) reclama ser el único *populus* (el cuerpo de todos los ciudadanos) legítimo. Un componente parcial que aspira a ser reconocido como la única totalidad legítima, en una operación típica de la elaboración de hegemonía. He aquí la segunda base disruptiva del populismo, pues si esta operación se mantiene activa resulta imposible proponer un esquema institucionalista que persiga el “bien común”, ya que siempre habrá un otro que tendrá intereses particulares antagónicos con los intereses de las mayorías populares. “No hay populismo sin una construcción discursiva del enemigo: el *ancien régime*, la oligarquía, el *establishment*, etc.” (Laclau, 2009, p. 59). Para ello, el populismo necesita mantener desplegada una intensa interpelación ideológica de los sectores populares que reactualice permanentemente la ruptura. Debe construir consensos activos, no pasivos.¹⁵ Es decir, tiene que conseguir que sus adherentes se conviertan en militantes, al menos en un sentido de un mínimo de actividad política. Y esto requiere gritar, denunciar, maldecir a “la oligarquía” y a “los vendepatrias”. Acciones todas que hoy parecen “políticamente incorrectas”, ya que resultan completamente contrarias a la idea del “consenso por diálogo” de la pospolítica, que excluye los “conflictos partisanos” y que niega la dimensión antagónica constitutiva de lo político (Mouffe, 2007).¹⁶

Por eso, mientras siga activa esta lógica populista, no puede haber institucionalización. En el caso del peronismo clásico, cuando hubo intentos del propio Perón para desactivar esta lógica y girar hacia una discursividad de tipo institucionalista (“comunidad organizada”), tuvo poco eco entre propios y extraños.

De este modo, el populismo siempre mantiene una lucha contra el poder (una vez llegado al gobierno, contra los poderes económicos). Por eso se confunde Zizek (2006a) cuando afirma que hay que “evadir la tentación populista” en tanto que una acción revolucionaria no debe centrarse en demandar algo al poder (como, se-

¹⁴ Sin embargo, la sola lógica de la diferencia, puramente inclusiva, tiende a generar una “inflación de las demandas” (tal como se preocupó por señalar Huntington). Entonces, se las excluye por marginalización (“irracionalidades”, “imposibles”, “utópicas”). De este modo, sectores sociales enteros pueden ser “excluidos por indiferencia”, abriéndose la posibilidad de que sean “excluidos por exterminio” (Fontes, 2005, p. 45).

¹⁵ Sobre la diferencia entre ambos tipos de consenso, véase Balsa (2006a, pp. 147-148).

¹⁶ Para Mouffe la democracia necesita de la movilización de los ciudadanos, y para ello se requiere de una “representación conflictiva del mundo”, que es justamente lo que critica la derecha de los populismos actuales.

gún él, haría el populismo), sino que debe estar dirigida a destruir dicho poder. Zizek elude, con una idea tan abstracta de “poder”, la compleja realidad de la relación entre gobierno democrático y poder en las sociedades capitalistas, como si estos fueran simples sinónimos. Históricamente, los populismos surgieron contra el poder (económico y social de las fracciones más concentradas de la clase capitalista), más que como demandas hacia el poder. Y estos sectores, más allá de actitudes negociadoras, nunca terminan de aceptar las políticas populistas.

Entonces, la operación populista es tendencialmente contraria al poder concentrado. Una mayor precisión del elemento popular y el mantenimiento de la frontera (cuestión que se desarrollará en el siguiente apartado), le otorgarían a la estrategia populista una radicalidad sumamente interesante como propuesta para la izquierda. En particular, permitiría a las propuestas reformistas mantener la actitud antagónica, incluso una vez que se accede al gobierno. Así se evitaría la “tentación universalizante”, típica de los gobiernos socialdemócratas, que terminan proponiendo la búsqueda del “bien común”, reducen la política a la “buena administración” y evitan toda medida que pueda llegar a ser percibida como conflictiva.

Ahora bien, hay en LRP un deslizamiento en el significado del populismo que desdibuja este elemento disruptivo. En su solapamiento entre política y populismo, termina afirmando que “no existe intervención política que no sea hasta cierto punto populista” (Laclau, 2005, p. 195). Pero este gradualismo ha olvidado un elemento que, para el propio Laclau, es imprescindible para esta lógica política: el establecimiento de una frontera, clave para que el “pueblo” se constituya como actor histórico (más allá de que esta frontera no sea algo fijo) y para identificar permanentemente al “enemigo”.

Nos encontramos en un atolladero en el que la ampliación del concepto de populismo, su total formalización¹⁷ y su identificación con lo político, convierte a toda política en política populista y el populismo queda despojado de su disruptividad. Frente a ello, las dos soluciones que proponemos a continuación tienen en común el agregarle sustantividad al planteo excesivamente formalista de Laclau.

El pueblo y lo popular en el populismo

El valor del significante “pueblo”

Un elemento clave que permite avanzar en la sustantividad, se ubica en el plano léxico. Si bien podrían pensarse otros significantes para poner en práctica la gramática sobre la que se propone la lógi-

¹⁷ Como plantea Melo (2009, p. 6), Laclau “debe vaciar de contenido específico al significante pueblo para hacerlo compatible con la hegemonía como forma de la ontología política en general”.

ca hegemónica populista, el significante “pueblo” cumple un papel casi ineludible en esta operación. El mismo presenta la ventaja de una doble significación que articula con los significados de *plebs* y de *populus*. Es decir, ese significante puede articularse perfectamente como una sinécdoque básica en la operación hegemónica, ya que un particular (el pueblo bajo) se presenta como la encarnación del universal (el pueblo soberano). Con mayor precisión aun, sería una “sinécdoque impura”, pues sus límites no son definibles con precisión, sino que existe un permanente deslizamiento de su significado restringido hacia el ampliado y viceversa.¹⁸

Y el significante “pueblo” no puede ser simplemente sustituido por el nombre del líder, por más intentos que se realicen. Laclau no toma nota de que el completo reemplazo del “pueblo” por el líder, en realidad terminaría con la propia lógica populista, ya que este no puede reclamar constituirse en el único *populus* legítimo, a riesgo de acabar con la democracia y, por ende, con la hegemonía.

Sin embargo, estos significados de “pueblo” no son inherentes al significante (debido a la arbitrariedad del signo), sino que son el resultado de dos procesos históricos relativamente autónomos. Por un lado, tenemos la sedimentación bastante vaga de una serie de imágenes vinculadas con “lo bajo”, “lo popular”; por otro lado, existe una trayectoria más anclada en la filosofía política para la cual la soberanía popular sería sinónimo de democracia. Según esta tradición rousseauiana, de este modo se cerraría el problema de la legitimidad del Estado moderno ya que los súbditos serían al mismo tiempo el soberano. Justamente, el populismo se construye como opción hegemónica gracias a proponer la identidad (relativa, a través de la sinécdoque) entre ambas tradiciones discursivas.

En este sentido, si la dominación hegemónica se construye sobre una arena política democrática (a diferencia de otros tipos de dominaciones), en la medida en que la soberanía popular es considerada como la base de la democracia, es difícil, aunque no imposible, construir dominaciones hegemónicas plenas sin un componente de tipo populista. Creemos que solo siguiendo este razonamiento, cobra sentido mantener los solapamientos que formula Laclau entre hegemonía y populismo, y entre democracia y populismo.¹⁹

Esto no puede ser entendido como una imposibilidad de construir hegemonía en torno a otros significantes. Es cierto que, cuando en determinados períodos históricos los significantes vacíos estructurantes han sedimentado en términos de “pueblo”, las propuestas no-populistas tienen dificultades para presentarse como hegemónicas. La fuerte asociación, hasta etimológica, entre “pueblo” y “democracia” puede haber sido un obstáculo importan-

¹⁸ Sobre el papel de la retórica en la construcción de la hegemonía y particularmente sobre la sinécdoque impura, véase Laclau (2000, p. 95), más allá de que ahí no se la vincule con el populismo.

¹⁹ De este modo, no es necesario recurrir a la idea “antigua” de democracia identificada solo con la igualdad, como hace Laclau.

te para evitar la construcción de hegemonías no-populistas. Pero esto no implica que no se puedan concretar. Así, por ejemplo, si se consigue desplazar el significado de “democracia”, digamos, centrándolo en la idea republicana de la división de poderes, puede construirse una hegemonía no populista, de tipo liberal. Una dinámica similar se consigue con el desplazamiento del núcleo de la democracia hacia la idea de libertad de elección (tanto de candidatos como de consumos) y así pueden constituirse hegemonías neoliberales. Por eso, como dice Mouffe (2009, p. 73), “la referencia a la soberanía popular –que constituye la columna vertebral del ideal de democracia– ha sido prácticamente eliminada de la definición actual de democracia liberal”.

Observemos que, si bien por un lado estas estrategias buscan mover el significante flotante de “democracia”, por el otro tienen que dejar de lado el significante “pueblo”. En este sentido, la operación contrahegemónica de la derecha ha sido la de centrarse no solo en disputar los significantes flotantes, sino en modificar los significantes vacíos estructurantes. Así, por ejemplo, en la Argentina de la década de 1990, “el pueblo”, gracias al éxito del neoliberalismo, fue reemplazado en el discurso político, incluso del de centro-izquierda, por “la gente”. Emergió entonces una exitosa hegemonía que no era populista y que recién en los últimos años ha entrado en crisis, aunque solo de manera parcial.²⁰

Por todo ello, consideramos que recuperar el concepto de “pueblo” y volver a dotarlo de significación estructurante del sistema político puede ser una interesante estrategia para combatir los resabios acechantes de la ideología neoliberal.²¹ Sin embargo, no alcanza con que se utilice el significante “pueblo” para que podamos catalogar a una propuesta como populista. Ya que este significante puede ser vinculado a otros significados no populistas. Por ello, debemos precisar el sentido de “lo popular” en el populismo.

Lo popular

Consideramos que, para salir de los equívocos en que acaba LRP, es necesario precisar el significado de lo “popular” en la concepción de “pueblo” del populismo. Esta cuestión no está resuelta en LRP y por momentos pareciera que, en su crítica a todo esencialismo,²² para Laclau es populista cualquier interpelación exitosa basada en la invocación del “pueblo”. El énfasis que le da a la lógica lo lleva a decir que los contenidos articulados pueden ser de cualquier tipo (Laclau, 2009, p. 52).

Existen, al menos, otras dos opciones para conceptualizar la construcción del “pueblo” que permiten solucionar estos proble-

²⁰ Pues esta hegemonía neoliberal perdura en varios planos. Por ejemplo, todavía hoy no ha regresado el concepto de “pueblo”, ni ningún equivalente, al centro del discurso político argentino. En un plano más profundo, creemos que la hegemonía neoliberal se mantiene a través de una forma de vida con un alto componente consumista (Balsa, 2006b).

²¹ De otro modo, siempre se corre el riesgo que el término sea captado por la derecha, como es el caso de los actuales movimientos neofascistas europeos y el antiintelectualismo de la derecha norteamericana (Frank, 2004, y Mouffe, 2009).

²² Esencialización que estaba presente en “Hacia una teoría del populismo”: “pueblo” es “una determinación objetiva, uno de los dos polos de la contradicción dominante al nivel de una formación social concreta” (Laclau, 1978, p. 193). Incluso en algunos pasajes de LRP se mantiene cierta esencialización: “‘el pueblo’ no constituye una expresión ideológica, sino una relación real entre agentes sociales” (Laclau, 2005, pp. 97-98).

mas de una forma relativamente compatible con la concepción de populismo que estamos desarrollando. Una primera opción sería pensar el “pueblo” como el efecto de una rearticulación exitosa de diversas tradiciones previas que intentaban (con fortuna relativa) interpelar a los sectores populares. Consideramos que desplegar esta línea es más consistente con las elaboraciones de Gramsci, siempre atento a que la propuesta política revolucionaria comprenda e, incluso, sienta las tradiciones populares.

Cabe aclarar que desarrollar esta opción requiere formular una crítica a cierta ahistoricidad que sobrevuela en los planteos de Laclau. El recurso al concepto de “demandas”, entendidas como pregrupales, para que sean el punto de partida de su argumentación, lo conduce casi inevitablemente a su deshistorización. Y la asociación con la idea de “masas en disponibilidad” elaborada por Germani resulta difícil de eludir (más allá de las críticas que Laclau le formula a su antiguo profesor). Esta cuestión se vincula con cierta inconsistencia que presenta la categoría de “elementos” en la teorización de Laclau y Mouffe. Los “elementos” son “toda diferencia que no se articula discursivamente [en contraste con los ‘momentos’]” (Laclau y Mouffe, 1985, p. 119). Pero no es posible la existencia de posiciones desarticuladas, disponibles. Siempre toda posición remite a totalidades o formaciones discursivas, aunque más no sea bajo la forma de articulaciones débiles o incluso de un juego de tensiones entre distintas formaciones discursivas. “Los individuos son siempre-ya sujetos” (Althusser, 1970, p. 148). Hay interpelación y transformación, pero no a partir de un vacío, sino de tradiciones populares que requieren ser tenidas bien en cuenta si se quiere realizar una operación populista. Precisamente, esta rearticulación de las tradiciones previas es lo que habitualmente han hecho de un modo mucho más efectivo los movimientos populistas que los partidos marxistas.

Una segunda formulación posible de “lo popular” surge de hacer uso del concepto de “buen sentido” presente en Gramsci y retomado de forma más sistemática por Nun (1989), en un trabajo al que, asombrosamente, Laclau nunca hace referencia.²³ Según Nun, “el sentido común de los explotados suele contener un núcleo de buen sentido, un sentimiento elemental de separación y de antagonismo (manifiesto o no) frente a los dominantes”. Es “la misma experiencia concreta de los sectores populares” la que “genera un núcleo de buen sentido en el marco del sentido común” (Nun, 1989, p. 76). Por ello, la política revolucionaria debe introducir racionalidad en las masas apoyándose en su núcleo de buen sentido en una empresa de esclarecimiento mutuo entre ellas y los intelectuales orgánicos (Nun, 1989, p. 77).

²³ Sin embargo, en una dirección relativamente similar, afirma, un tanto sorpresivamente para la línea argumental de LRP, que “existe en toda sociedad un reservorio de sentimientos anti *status quo* puros que cristalizan en algunos símbolos *de manera relativamente independiente de las formas de su articulación política*, y es su presencia la que percibimos intuitivamente cuando denominamos ‘populista’ a un discurso o una movilización” (Laclau, 2005, pp. 156-157).

Estos dos enfoques no son contradictorios y pueden combinarse: el pueblo sería la suma de las tradiciones populares pasadas por el filtro del “buen sentido”, para lograr marcar la separación con el “antipueblo”, con la “oligarquía”. De este modo, ambas cuestiones acotarían el margen de maniobra que posee el líder populista, ya que se introduce la capacidad de los sectores populares de evaluar cuán popular resultan sus propuestas y políticas. El líder populista no sería, entonces, un omnipotente soberano hobbesiano al que se le debería fidelidad más allá de sus acciones, pues los significantes “pueblo” y, en particular, su faz “popular” no quedarían tan vacíos como para poder ser llenados con cualquier significado. Entonces, los estudios sobre el populismo deberían atender a la recepción de la interpelación populista, cuyo olvido es una de las principales críticas que De Ipola (1983) le formuló a la primera teorización de Laclau (1978) y que este parece no haber tenido en cuenta en sus posteriores elaboraciones.

Como ya habrá podido percibir el lector, tanto las tradiciones populares como el “buen sentido” requieren considerar la existencia de sujetos previos a la interpelación populista (más allá de que la misma luego los reconstituya). Los análisis necesitan precisar quiénes son los portadores de las tradiciones populares y del “buen sentido”, cuestiones que reconducen hacia el concepto de clases sociales, que el posmarxismo había intentado borrar. Es que sin clases no hay sectores populares ni populismo y, de hecho, los movimientos populistas, en general, hicieron un amplio uso del concepto de clases.

MATERIAL DE DIFUSIÓN

Lo mítico, el líder y los modelos de acumulación

Según la trayectoria teórica de Laclau, el “pueblo” no solo sería una construcción discursiva que articula tradiciones y “buen sentido”, sino que también debería configurar un mito. Laclau había afirmado que “todo sujeto es un sujeto mítico”. El mito es un espacio de representación que no guarda ninguna relación de continuidad con la “objetividad estructural” dominante y constituye un nuevo espacio de representación (Laclau, 1993, p. 77). Además, como “un conjunto de imágenes equivalentes” es capaz de “galvanizar el imaginario de las masas y lanzarlas a la acción colectiva” (Laclau, 2002, p. 49). Sin embargo, la idea de mito es la gran ausente en LRP. Pareciera que en su esfuerzo por racionalizar el populismo ha sentido la necesidad de ocultar todas las cuestiones que pudieran connotar elementos menos racionales. Pero sin el despliegue de un plano mí-

tico, es muy difícil salirse de las determinaciones estructurales, escapar a los límites fijados a la ideología por la reproducción social.

En el pensamiento crítico es imprescindible un componente utópico (Zemelman, 1992). Tanto en la tradición iluminista como en la marxista, la crítica al presente se basa en afirmar que en lo real hay algo más que lo dado, que existe la potencialidad de un futuro radicalmente distinto desde el cual es posible criticar el presente. Podrá alegarse que ese componente utópico tiene en estas tradiciones una base fuertemente racional; sin embargo, para que no solo sea una alternativa meramente potencial, requiere que se constituya una fuerza social con voluntad de luchar por ese futuro. Y, para ello, la utopía tiene que fundirse en un mito que otorgue a los sujetos subordinados la fuerza emocional y la creencia en las posibilidades de triunfo. En esta línea de reflexión, que combina pasión y mito para potenciar la interpelación utópica-racional, Gramsci considera a *El Príncipe* de Maquiavelo “como una ejemplificación histórica del ‘mito’ soreliano, o sea de una ideología política que se presenta no como fría utopía ni como doctrinario raciocinio, sino como una creación de fantasía concreta que actúa sobre un pueblo disperso y pulverizado para suscitar y organizar en él la voluntad colectiva” (Gramsci, 1929-1935, t. 5, cuaderno 13, p. 13).

Estas cuestiones han sido difíciles de comprender por parte de la intelectualidad de izquierda.²⁴ Como lo planteaba Gramsci, “el error del intelectual consiste ‘en creer’ que se pueda *saber* sin comprender y especialmente sin sentir y ser apasionado (no solo del saber en sí, sino por el objeto del saber) o sea que el intelectual puede ser tal (y no un puro pedante) si es distinto y separado del pueblo-nación, o sea sin sentir las pasiones elementales del pueblo, comprendiéndolas y en consecuencia explicándolas y justificándolas en esa situación histórica determinada, y vinculándolas dialécticamente a las leyes de la historia, a una concepción superior del mundo, científica y coherentemente elaborada, el ‘saber’; no se hace política-historia sin esta pasión, o sea sin esta conexión sentimental entre intelectuales y pueblo-nación” (Gramsci, 1929-1935, t. 3, cuaderno 11, pp. 346-347).

Evidentemente la cuestión de un componente mítico-utópico dentro de la estrategia socialista es un tema que merecería una mayor consideración. Aquí simplemente queríamos destacar que no debería estar ausente. De hecho, luego del fracaso de los intentos de construir sociedades socialistas durante el siglo xx, el mayor obstáculo para la reconstrucción de una izquierda revolucionaria es la falta de una utopía que, partiendo de una crítica sincera y profunda de estas experiencias, permita a las masas soñar con otro modelo de sociedad.

²⁴ En ocasiones, por no considerar el papel de la pasión en la política, esta ha terminado desbordando el accionar de los grupos revolucionarios y desplazado por completo a la razón.

Regresando a la cuestión del papel de los intelectuales orgánicos en la elaboración de la síntesis entre utopía y estrategia revolucionaria, entre “sentido común” y “filosofía de la praxis” aparece otro problema con la línea de razonamiento de Laclau. En LRP no se aborda una de las características propias de muchos movimientos populistas: su antiintelectualismo. Su raíz ideológica es la idea de que la masa no necesita de intelectuales pues “el pueblo nunca se equivoca”. Podemos rastrear el origen de este esquema en dos derivaciones, extremas, de ambas lógicas del populismo. En primer lugar, si en la inclusión radical se presupone que los sujetos ya están preparados para ejercer una ciudadanía plena, en el límite del razonamiento, no requieren ampliar sus conocimientos y toda posibilidad de “engaño” o “manipulación” es negada por el populismo como argumento retórico liberal-paternalista.²⁵ En segundo lugar, el camino de regreso de la sinécdoque ambigua de la segunda lógica conduce de las decisiones electorales del *populus* hacia la *plebs*. De modo que al movimiento populista le es imposible negar como anti-“popular” cualquier política que haya sido avalada por la mayoría electoral, pues no puede distinguir entre *populus* y *plebs*, salvo que se avance en la delimitación de “lo popular” como propósitos en el anterior apartado. Así, el populismo puede caer preso de su propia sinécdoque. Históricamente, el mayor problema lo tuvieron los militantes de los partidos populistas que carecieron de herramientas ideológicas para impugnar las políticas neoliberales implementadas por los líderes de esos mismos partidos, ya que si el pueblo las acompañaba, debía existir una secreta razón para eso.²⁶ Consideramos que solo con la delimitación de “lo popular” y una revalorización de la figura de los intelectuales orgánicos como mediadores entre las tradiciones populares y la teoría política, es posible evitar los problemas que se derivan del esquema de que “el pueblo nunca se equivoca”.

Por otro lado, el antiintelectualismo se vincula con la centralidad de la figura del líder populista y la imposibilidad de la existencia de segundos enunciadores, como acertadamente indicaron Sigal y Verón (1986). Este texto nos exime de abordar esta cuestión aquí que, sin embargo, conduce al problema de la capacidad de desplegar el autogobierno (como ideal socialista) en los casos en los que los movimientos políticos le otorgan tanta centralidad al líder. Esta es otra de las cuestiones irresueltas en LRP. Es cierto que Laclau aborda la cuestión del líder populista y despliega una muy acertada caracterización de la relación de representación, poniendo en claro que sin ella no existe la constitución del sujeto. Así, retomando sus elaboraciones anteriores, Laclau (1996, pp. 149-182) sostiene que la función homogeneizante del significante va-

²⁵ Decimos en el límite del razonamiento, pues los movimientos políticos populistas, cuando son consecuentes, sí despliegan procesos de formación política de sus cuadros y bases.

²⁶ Ejemplos muy claros de este fenómeno los encontramos en los testimonios recogidos por Martucelli y Svampa (1997) acerca del desamparo ideológico de los militantes peronistas ante las políticas de Menem.

cío constituye la cadena y, al mismo tiempo, la representa.²⁷ Sin embargo, luego realiza un rápido deslizamiento, a partir de Freud, desde la nominación a la individualidad, y de ella al individuo y al líder. Laclau se preocupa por demostrar que toda política requiere de un líder y que, por lo tanto, el populismo en este punto tampoco se diferencia de otras formas políticas. Pero creemos que, con este movimiento abstracto, no resuelve las críticas efectuadas a las trabas que muchos populismos pusieron (especialmente una vez que llegaron al poder) a la participación popular. Es que los líderes populistas tendieron a limitar las capacidades autonómicas de sus bases políticas y a expulsar a grupos intelectuales que pudieran disputar su conducción política.²⁸

Este es un problema real que no debe ser ocultado, incluso teniendo presente que las fuerzas de izquierda tampoco lograron resolver la relación líder/autogobierno en ninguna de sus experiencias revolucionarias exitosas. Y el caso de Stalin, por ser el más alevoso, no se convierte en una mera excepción. Vale la pena recordar aquí que, en pleno ascenso del estalinismo, Gramsci no solo escribió la famosa carta reclamando respeto hacia “la minoría de oposición” (Gramsci, 2006), sino que en los *Cuadernos* existe una clara preocupación por pensar una democracia popular en la que los sujetos se vuelvan autodirigentes. En este sentido, la idea de “dirigentes” en Gramsci es más amplia que la noción de ciudadanía, pues significa que está dada en todos la posibilidad concreta de convertirse en sujetos políticos capaces de conducir en forma conjunta la democracia (Semeraro, 2003). Para Gramsci, “la comprensión crítica de sí mismos se produce a través de una lucha de ‘hegemonías’ políticas, de direcciones contrastantes, primero en el campo de la ética, luego de la política, para llegar a una elaboración superior de la propia concepción de lo real”. Pero para esto son imprescindibles los intelectuales, “un estrato de personas ‘especializadas’ en la elaboración conceptual y filosófica”. Ahora bien; el proceso de desarrollo de los intelectuales orgánicos “está ligado a una dialéctica intelectuales-masa”: “cada salto hacia una nueva ‘amplitud’ y complejidad del estrato de intelectuales está [debería estar, decimos nosotros] ligado a un movimiento análogo de la masa de simples, que se eleva hacia niveles superiores de cultura” (Gramsci, 1999-2000, t. 4, cuaderno 11, pp. 253-254).

En fin, una estrategia socialista tiene que abordar este difícil triángulo: sectores populares-líderes-intelectuales orgánicos, que ni siquiera se resolvería con la mera eliminación del líder populista. Mantener el ideal del autogobierno como horizonte puede ser una estrategia que permanentemente tensione los otros dos polos (los intelectuales y los líderes) a partir de un planteo crítico de la

²⁷ En este sentido, tal vez sería aconsejable reemplazar, en este esquema teórico, el término “representación” (tan asociado a la tradición liberal representativa) por los de “articulación política” y de “delegación”, distinguiendo los dos significados contenidos en el primero.

²⁸ El ejemplo más notorio es la disolución del Partido Laborista argentino que Perón realizó por radio en 1946, a pesar de que ni siquiera estaba afiliado a esta fuerza política clave para su reciente triunfo electoral (Beired, 1993).

representación, que retome las formulaciones de Rousseau aunque preservando la legitimidad de los otros dos elementos.

El tercero y último de los “olvidos” de Laclau es el de considerar las bases materiales para la constitución de una hegemonía populista. El problema es que toda hegemonía necesita basarse en un modelo de acumulación que sea viable en términos de no solo considerar los intereses de las clases y fracciones de clases (tanto aliadas como dominadas pero hegemónicas), sino también de garantizar la reproducción de la sociedad en su conjunto. Un ejemplo de este problema es lo que aconteció con la hegemonía neoliberal en Argentina: se derrumbó no tanto porque fuera derrotada en la disputa ideológica (más allá de la creciente oposición de muchos sectores), sino porque colapsó el modelo económico de la llamada convertibilidad sobre el que se había construido esta hegemonía.

Ahora bien, la viabilidad económica de un determinado modelo de acumulación coherente con las dos operaciones populistas que hemos analizado no es un problema menor para estos movimientos. Históricamente los populismos clásicos lograron una excelente articulación con el modelo de acumulación denominado industrialización por sustitución de importaciones. El mayor problema se situó en términos de garantizar la reproducción ampliada de la economía, por la caída en la tasa de inversión de sectores burgueses, en un típico ejemplo de “coacción económica” en términos de Therborn (1998).²⁹

En la actualidad, los populismos latinoamericanos se encuentran en graves dificultades para diseñar modelos de acumulación acordes con su propuesta político-social. Sin un modelo económicamente viable y sin un sustento de clase compatible con el mismo, sería muy extraño que lograsen pervivir en el tiempo. Si lo han logrado hasta ahora se debe esencialmente a que la derecha no ha podido construir una unidad política fuerte ni reformular el modelo de acumulación neoliberal de modo de hacerlo socio-económicamente viable. Sin embargo, corresponde tomar nota que, a pesar de estas dificultades, en los países latinoamericanos que no están desarrollando procesos posneoliberales decididos, la sumatoria de votos que recogen las diversas fuerzas políticas de derecha y centro-derecha constituyen alrededor de la mitad de los electores.

La otra opción abierta es que los populismos avancen, profundizando la confrontación, hacia modelos de acumulación tendientes hacia alguna forma combinada entre economía socialista y formas de producción capitalistas subordinadas. En este plano, además del problema del diseño de economías socialistas que eviten los problemas que tuvieron los intentos ensayados en el siglo XX, se abre la cuestión de la capacidad de la vía democrática al socialismo.

²⁹ Sin embargo, cabe aclarar que no fue esta coacción la que terminó con las experiencias populistas, sino que casi invariablemente tuvieron que ser derrotadas a través de golpes de Estado.

Es decir, hasta dónde las fuerzas militares acompañarán medidas democráticas tendientes a liquidar las relaciones de producción capitalistas. Para regresar a Laclau, estas son cuestiones que en sus trabajos no son abordadas. En parte porque por momentos pareciera que ha abandonado todo ideal socialista (tal como le critica Zizek, 2000), y en parte porque la centralidad del discurso como modelador de un orden social ha eclipsado por completo la cuestión militar. En Gramsci es claro que el momento “inmediatamente decisivo en cada ocasión” es el de la relación de fuerzas militares (Gramsci, 1999-2000, t. 5, cuaderno 13, p. 38). Obviamente, esta es otra cuestión que merece un tratamiento específico; simplemente queríamos señalar aquí que otorgarle centralidad al discurso en la instauración de un orden social, no debería hacer olvidar el papel de la violencia como garante de ese discurso.³⁰

Como es posible observar, ha quedado una serie de interrogantes para pensar la relación entre las lógicas populistas y las posibles estrategias socialistas; sin embargo, esperamos haber logrado una mejor identificación de las operaciones que permiten mantener el papel disruptivo del populismo y, de este modo, abren la posibilidad de articular las tendencias reformistas y revolucionarias en la América Latina actual.

Bibliografía

- Aboy Carlés, Gerardo (2004), “Repensando el populismo”, en K. Weyland y otros, *Releer los populismos*, Quito, CAAP.
- Arditi, Benjamín (2004a), “El populismo como espectro de la democracia: una respuesta a Canovan”, *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 191.
- (2004b), “El populismo como periferia interna de la política democrática”, *E-l@tina*, vol. 2, 6.
- Balsa, Javier (2006a), “Notas para una definición de la hegemonía”, *Nuevo Topo*, 3.
- (2006b), “Las tres lógicas de la construcción de la hegemonía”, *Theomai*, 14, <<http://revista-theomai.unq.edu.ar/NUMERO14/ArtBalsa.pdf>>.
- (2007), “La parábola populista. Reflexiones a partir de *La razón populista* de Ernesto Laclau”, *Interpretaciones*, 2, <<http://www.historiografia-arg.org.ar/numero%202/ensayo%20balsa.pdf>>.
- (2008), “Discurso, práctica e praxis nas três lógicas de disputa pela hegemonia”, Conferencia Inaugural del V Simpósio Nacional Estado e Poder: Hegemonia, Universidade Federal Fluminense, Niterói, 7 de octubre de 2008. Publicada en <http://www.simpósiohegemonia.pro.br/Balsa_Javier_Conferencia.pdf>.

³⁰ Ya que Laclau cita repetidas veces a Hobbes, podemos pensar al soberano hobbesiano, siguiendo a Wolin (1994), como un instaurador de significados comunes en un mundo que ha perdido el sentido de comunidad. Pero para tener esa capacidad de “Gran Definidor” el soberano tiene que contar con “la espada”. En cambio, al centrarse exclusivamente en el discurso como fundante del orden social, Laclau se convierte en algo así como un Hobbes desarmado.

- Beired, José L. Bendicho (1993), “Trabalhadores e tensões políticas na formação do peronismo: a questão do Partido Laborista”, *Anuario del IEHS*, 8, Tandil, UNCPBA.
- De Ipola, Emilio (1983), *Ideología y discurso populista*, Buenos Aires, Folios.
- y J. C. Portantiero (1986), “Lo nacional popular y los populismos realmente existentes”, en J. Labastida Martín del Campo (comp.), *Los nuevos procesos sociales y la teoría política contemporánea*, México, Siglo XXI.
- Fontes, Virgínia (2005), *Reflexões Impertinentes*, Río de Janeiro, Bom Texto.
- Frank, Tom (2004), “Aquellos estadounidenses que votarán por George W. Bush. Despreciados por la ‘elegancia progresista’”, *Le Monde Diplomatique*, 56, febrero de 2004.
- Gramsci, Antonio (2006) [1926], “Carta al Comité Central del Partido Comunista (bolchevique) de la Unión Soviética”, reproducida en A. Gramsci, *Antología*, Buenos Aires, Siglo XXI, pp. 200-207.
- (1999-2000) [1929-1935], *Cuadernos de la cárcel*, seis tomos, México, Era, 1999-2000.
- Howarth, David (2008), “Hegemonía, subjetividad política y democracia radical”, en S. Critchley y O. Marchart (comp.), *Laclau. Aproximaciones críticas a su obra*, Buenos Aires, FCE.
- Jameson, Fredric (2003), “La posmodernidad y el mercado”, en S. Zizek (comp.), *Ideología. Un mapa de la cuestión*, Buenos Aires, FCE.
- Laclau, Ernesto (1978), *Política e ideología en la teoría marxista*, Madrid, Siglo XXI.
- (1993), *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- (1996), *Emancipación y diferencia*, Buenos Aires, Ariel, “Poder y representación”.
- (2000), “Construyendo la universalidad”, en J. Butler, E. Laclau y S. Zizek, *Contingencia, hegemonía, universalidad*, Buenos Aires, FCE.
- (2005), *La razón populista*, Buenos Aires, FCE.
- (2006), “Por qué construir un pueblo es la tarea principal de la política radical”, *Cuadernos del Cendes*, vol. 23, N° 62, traducción del artículo de *Critical Inquiry*.
- (2008), “Atisbando el futuro”, en S. Critchley y O. Marchart (comp.), *Laclau. Aproximaciones críticas a su obra*, Buenos Aires, FCE.
- (2009), “Populismo: ¿qué nos dice el nombre?”, en F. Panizza (comp.), *El populismo como espejo de la democracia*, Buenos Aires, FCE.
- Losurdo, Doménico (2004), *Democracia ou Bonapartismo. Triunfo e decadência do sufrágio universal*, Río de Janeiro, Editora UFRJ/Editora UNESP.
- Martuccelli, Danilo y Maristella Svampa (1997), *La plaza vacía*, Buenos Aires, Losada.
- Melo, Julián (2009), “Populismo y hegemonía. Relecturas sobre el peronismo clásico a la luz de la teoría de la hegemonía”, ponencia presentada en las XII Jornadas Interescuelas/departamentos de Historia, San Carlos de Bariloche.
- Mouffe, Chantal (1999), *El retorno de lo político*, Buenos Aires, Paidós.

- (2003), *La paradoja democrática*, Barcelona, Gedisa.
- (2007), *En torno a lo político*, Buenos Aires, FCE.
- (2009), “El ‘fin de la política’ y el desafío del populismo de derecha”, en F. Panizza (comp.), *El populismo como espejo de la democracia*, Buenos Aires, FCE.
- Nun, José (1989), *La rebelión del coro*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- Portantiero, Juan Carlos (1987), *Los usos de Gramsci*, Buenos Aires, Grijalbo.
- Retamoso, Martín (2009), “Los usos de hegemonía en la teoría política de Ernesto Laclau”, ponencia presentada en las XII Jornadas Interescuelas/departamentos de Historia, San Carlos de Bariloche.
- Sader, Emir (2009), *El nuevo topo. Los caminos de la izquierda latinoamericana*, Buenos Aires, Siglo XXI, CLACSO.
- Semeraro, Giovanni (2003), “Tornar-se ‘dirigente’. O projeto de Gramsci no mundo globalizado”, en C. N. Coutinho y A. de Paula Teixeira, *Ler Gramsci, entender a realidade*, Río de Janeiro, Civilização Brasileira.
- Sigal, Silvia y Eliseo Verón (1986), *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*, Buenos Aires, Legasa.
- Therborn, Göran (1998), *¿Cómo domina la clase dominante?*, Madrid, Siglo XXI.
- Valobra, Adriana (2008), “La ciudadanía política de las mujeres y las elecciones de 1951”, *Anuario de Historia Argentina*, 8, UNLP, Instituto de Historia Argentina “Dr. Ricardo Levene”.
- (2009), “‘...Del hogar a las urnas...’ Consideraciones sobre la ciudadanía política femenina, 1946-1947”, *e-I@tina*, revista electrónica de estudios latinoamericanos, vol. 7, N° 27, Buenos Aires, abril-junio de 2009, disponible en <<http://www.iealc.fsoc.uba.ar/hemeroteca/elatina27.pdf>>.
- Wolin, Sheldon (1994), *Política y perspectiva*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Zemelman, Hugo (1992), *Los horizontes de la razón*, 2 tomos, Barcelona, Anthropos, El Colegio de México.
- Zizek, Slavoj (2000), “Mantener el lugar”, en J. Butler, E. Laclau y S. Zizek, *Contingencia, hegemonía, universalidad*, Buenos Aires, FCE.
- (2006a), “Against the Populist Temptation”, *Critical Inquiry*, 32 (3).
- (2006b), “Schlangend, aber nicht Treffend!”, *Critical Inquiry*, 33 (1).

(Evaluado el 15 de noviembre de 2009.)

Autor

Javier Balsa es magíster en Ciencias Sociales (FLCASO) y doctor en Historia (UNLP). Investigador del CONICET, profesor titular del área de Sociología y director de la licenciatura en Ciencias Sociales de la UNQ. Su tema actual de investigación son las formaciones discursivas sobre la cuestión agraria argentina entre 1930 y la actualidad. Entre sus publicaciones más recientes podemos mencionar: *El desvanecimiento del mundo chacarero* (Universidad Nacional de Quilmes, 2006), “Notas para una definición de la hegemonía” (*Nuevo Topo*) y “La ideología de los productores rurales pampeanos y su análisis en términos de las disputas hegemónicas” (*Realidad Económica*).

Cómo citar este artículo:

Balsa, Javier, “Las dos lógicas del populismo, su disruptividad y la estrategia socialista”, *Revista de Ciencias Sociales, segunda época*, año 1, N° 17, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, otoño de 2010, pp. 7-27.

